

sentan. — Y el caballero de la cruz roja? el que ha hecho prodigios en la batalla? el que ha matado él solo mas sarracenos que todos los ricoshombres juntos? Oh! dónde está ese guerrero misterioso, el que en todas partes ha sido visto con su caballo blanco y su cruz colorada? Buscadme al guerrero de la cruz; por vuestra vida que me lo busqueis, señores!... Y los nobles, obedeciendo solícitos el mandato de su rey, le buscan, le buscan...

Le buscan y no le encuentran. Solo han hallado á su compañero el que iba á pié tras su caballo, quién, atónito, admirado, suspenso, vuelve á todas partes los ojos y pregunta por Antioquia, pregunta por los cruzados, pregunta por el campeón misterioso que aquella mañana al ir á empezar en la Tierra Santa el asalto contra Antioquia, le invitó á montar en la grupa de su caballo blanco para entrar en la batalla.... Milagro! Milagro!

Milagro! milagro! Esta palabra es la que corre de boca en boca, es la que llega á oídos del rey. El caballero de la cruz roja era San Jorge, el mismo San Jorge que en un momento y por los aires había trasladado á un cruzado catalán, á un Moncada, de los campos de la Tierra Santa á la llanura de Alcoraz, del cerco de Antioquia al de Huesca. El rey cae de rodillas con su ejército y da gracias al campeón San Jorge.

Al campeón San Jorge cuyo nombre fué desde entonces el grito de guerra de los cristianos aragoneses, y cuya cruz colorada con las cuatro cabezas de jeques moros recojidas en el campo de batalla, sirvieron de blason á la monarquía hasta que lo trocó por las sangrientas barras catalanas. Tal fué la jornada de Alcoraz.

Jornada de Alcoraz, hermosa epopeya de nuestra historia, cántente los bardos que se alzan envueltos en las nieblas sobre los picos de los altos Pirineos, lóente los peregrinos que, de rodillas sobre el pavimento de Jesus Nazareno, al alzar los ojos al cielo, ven colgadas las banderas de los moros en las bóvedas de Montearagon!

Montearagon!... Ay! Ya no existen las banderas.... ya no existe Montearagon. Solo quedan en pié algunas humeantes paredes para recuerdo de su nombre y de su gloria.

### III.

#### OTRA JORNADA.

APENAS las puertas de Montearagon se abrieron para dar paso al cadáver de Don Sancho que hubo el templo en depósito hasta mucho despues de la entrada de los aragoneses en Huesca, tuvieron á no tardar que volver á abrirse para recibir otro cadáver real que allí se enviaba á dormir su eterno sueño.

Los que tan triste ofrenda hacian á Montearagon, los que allí condujeron los restos de un rey ilustre, encargaban al abad que los hiciese enterrar en secreto y que guardase el mayor silencio por el pronto sobre aquel enterramiento.

Prometiólo el abad, y los que habian acompañado el cadáver se retiraron satisfechos.

Mientras no quitaron el sello del juramento que ligaba los labios del abad, nadie supo que allí durmiese su postrer sueño el rey Don Alfonso *el batallador*.

Ignoróse pues por algun tiempo, pero era que importaba á los intereses de toda una nacion que se ignorase.

Veamos como.

Por muerte de Don Pedro, sucedido habia en el trono de Aragon Don Alfonso su hermano, que, digno rey y digno guerrero; no pensó mas que en engrandecer los límites de su reino conquistando pueblos y castillos á los moros.

Largo era ya el catálogo de sus hazañas cuando, infatigable por añadir nuevas glorias á las de sus célebres hechos de armas, intentó Alfonso llevar la



guerra á los moros que aclimatados en la parte de poniente, ni ponian coto á sus correrías ni perdonaban medio para hacer daño á los pueblos comarcanos.

El Ebro vió entonces bajar por su corriente una numerosa flota compuesta de buzas y galeras en las cuales iban acompañando al rey el obispo de Zaragoza Don García Guerra, el de Pamplona Don Sancho, el de Huesca Don Arnaldó, el de Tarragona Don Miguel y el de Calahorra Don Sancho. No faltaban tampoco junto á los hombres de iglesia los hombres de guerra, y Alfonso contaba entre los que en su compañía iban á emprender nueva campaña y nuevos peligros, al conde de Alperiche, señor de Tudela, al vizconde Centullo de Bigorra, á Garci Ramirez señor de Monzon, á Lope Garces, Pelegrin de Alagon, Sancho Juan señor de Huesca, Casal, Pedro Tizon, Gaston de Biel y Juan Gahindez.

Entrose el Batallador por las riberas del Cinca y del Segre y declaró guerra á los reyes de Lérida y Fraga.

Varias escaramuzas tuvieron lugar y el Dios de las batallas protejió siempre á los fieles.

No tardaron mucho los soldados de Alfonso en presentarse ante las murallas de Mequinenza — la *Octogesa* de Cesar — y en sentar allí sus reales poniéndola estrecho cerco. Largo tiempo transcurrió en inútiles tentativas, y empezaban ya á desalentarse los cristianos viendo que cada día los moros les fatigaban con peligrosas salidas.

Una mañana el obispo de Calahorra se presentó al rey.

— Señor, — le dijo, — esta noche se me ha aparecido en sueños la Virgen Santísima y me ha dicho que intentásemos el asalto como buenos que venceríamos como cristianos. La proteccion del cielo nos es favorable, que aguardamos pues, señor?

La nueva se difunde, el celo religioso mueve á los guerreros, ármanse apresuradamente, la esperanza y la animacion reinan en el campo. Alfonso es el primero en blandir su vencedora espada y jura solemnemente no volverla á envainar hasta que sean sus tropas dueñas de Mequinenza, hasta que la bandera de la fé tremole en los baluartes en que ondea la enseña de Mahoma.

Avanza el ejército en buen orden, se da la señal de ataque y entonces se conmueven como si un estremecimiento eléctrico corriese por todos los cuerpos y brillan á la luz del sol millares de armas.

Haciendo proezas y sucumbiendo al crecido número de sus heridas, muere al pié de la muralla el bravo Garci Casal.

Si el ejército entonces hubiese por un momento suspendido su encarnizado combate, si los ojos de sitiados y sitiadores se hubiesen fijado en el guerrero que como bravo y como bueno acababa de perecer, hubieran visto á tres caballeros aragoneses precipitarse sobre el cadáver, abrazarle con entusiasmo y estender sobre los sangrientos despojos las puntas de tres espadas — vírgenes aun en aquel combate — y jurar á la faz del cielo vengarle ó morir en la demanda.

Eran estos el adalid del rey Pedro de Biota y sus amigos Iñigo Fortuñon y Jimeno Garces, tres hermanos de armas que acababan de ver morir á sus ojos á otro hermano, el primero de ellos que como héroe sucumbia.

Entonces, pasada esta triste cuanto breve escena, los tres se lanzaron con ardor á las murallas, los tres fueron los primeros en pisar el enemigo territorio, y mientras Garces y Fortuñon describian anchos círculos con sus espadas postrando á sus piés á los mas atrevidos, el adalid del rey, el valiente Pedro de Biota clavaba en el lienzo de la derruida muralla la victoriosa enseña del Batallador.

Garci Casal fué vengado y Mequinenza cayó en poder de los cristianos.

Aquella misma tarde el rey saliéndose del campo se dirigió á Mequinenza para hacer allí su solemne entrada; á la puerta de la ciudad encontró á los tres guerreros que tanto se habian distinguido en el asalto, que tan intrépidamente se habian portado, que tantos enemigos habian muerto.

— Como buenos habeis guerreado — díjoles el monarca, — y en premio y recuerdo de tal hazaña, daros hé el castillo de Nonaspe en la ribera de Matarraña. Alfonso admira á los valientes y premia á los héroes.

Ufano con su conquista, el rey tomó el camino de Fraga diciendo que con ayuda de Cristo habia de entrar en aquel pueblo lo mismo que en Mequinenza.

Sentáronse sobre Fraga los reales de Alfonso en el mes de agosto de 1133. Pronto sin embargo empezaron las lluvias y el invierno se presentó saúdo y crudo; el rey entonces mandó levantar el sitio y envió á invernar sus tropas.

Tenaz era el Batallador en sus propósitos; volvióse á poner al frente de sus soldados á principios del siguiente febrero y de nuevo se dirigió á Fraga pasándose en escaramuzas los meses de marzo y abril.

Nada tímidos los moros pues no les faltaban hombres; ni valor, ni aprestos para la guerra, cada vez eran mas atrevidos, cada vez hacian mas alarde de su fuerza, cada vez, mas terribles en su odio, se dirigian al campo cristiano y trabábanse sangrientas escaramuzas.

El rey de Lérida Abengamia juntó grandes huestes y se dirigió al socorro



del rey de Fraga : entonces se trabó la batalla ante los muros mismos de la ciudad. Reñida fué y sangrienta ; perecieron en ella muchos cristianos, pero no fué menor la pérdida de los infieles ; el cerco sin embargo no se levantó.

Partióse Alfonso á la raya de Castilla llegando hasta Soria para juntar nuevas gentes , y aprovechando los moros aquella tregua , volvieron á sus correrías talando la comarca de Monzon. Sabedor de ello el rey Alfonso y confiando siempre con su buena estrella , no esperó á que de nuevo se hubiesen juntado tropas con que presentarles reñida batalla, sino que con solo el escaso número de cuatrocientos caballeros, nuevamente se dirigió sobre Fraga.

Ansiaba dar una nueva lección á los moros , y no creía en verdad que la estrella que siempre pura y luciente habia brillado en todos sus hechos de armas menguase entonces su luz.

Supieron los moros que contra ellos se dirigía el Batallador con mucha menos gente de la que se creyó en un principio , y confiados en el imponente número de sus fuerzas , determinaron no esperar al cristiano , sino que resolvieron salirle al encuentro.

Hicieronlo así en efecto.

La víspera de la batalla , el adalid del rey encontró á un cuervo posado sobre el capacet del monarca y afligido y tembloroso acercóse al Batallador y le comunicó la nueva , pero no era hombre Alfonso que hiciese caso de agüeros.

A la mañana siguiente un numeroso ejército se presentó ante el peloton de valientes que seguían á Alfonso. Este , conociendo el peligro , volvióse á los suyos y les habló en estos términos :

— Acordaos, caballeros, que sois cristianos y acometed al enemigo con vuestra nunca desmentida valentía ; acordaos que el atrevimiento os servirá de reparo y que en el miedo está vuestra perdicion. Saldreis de este aprieto con el hierro y con la fortaleza , y si á vuestra valentía no ayudare la fortuna ni Dios que todo lo puede y que nunca deja á los suyos en semejante aprieto, procurad á lo menos vender caras vuestras vidas y no hagais con rendiros afrenta á vuestro valor y fama ; morid antes como buenos con las armas en la mano y con el esfuerzo que conviene.

Alfonso fué el primero, dicho esto , en acometer á los enemigos. Vinieron todos á las manos y el combate fué el mas sangriento de que ha quedado memoria. Siempre era la espada del Batallador la que primero se levantaba para herir ; en todas partes estaba valiente é infatigable , y como su rica sobrevies-

ta y sus lucidas armas le hacian distinguir de los demás caballeros , á él asesaban con preferencia sus golpes y tiros los enemigos.

Indecisa estuvo largo tiempo la victoria, pero la suerte de las armas empezó á favorecer señaladamente á los moros que si ménos valientes, eran mayores en número.

Peleaban los fieles como héroes ; en lo mas recio del combate y cuando ya casi estaba declarada la batalla , Don Gomez de Luna, el mas aguerrido de los caballeros , se encontró con el rey , el mas valiente de los héroes.

— Qué hacemos ahora , señor ? — le preguntó.

— Morir ! — contestó Alfonso hendiendo en dos mitades la cabeza de un enemigo.

Al poco rato el de Luna habia ya muerto.

Por fin , ya el estrago no podia ser mayor ni la batalla podia por mas tiempo prolongarse. Centullo de Bearn , Lope Casal y Aymeriche de Narbona cayeron casi á un tiempo sirviendo de escudos á Alfonso, y afligido este de ver morir á sus mas bravos soldados y sintiendo correr por sus mejillas lágrimas de encono al verse por primera vez vencido , juró que no sobreviviria á su derrota y arrojándose entre las filas enemigas hizo lo que á Don Gomez de Luna dijera momentos antes... morir !

Casi todos los caballeros que acompañaban á Alfonso murieron con él , salvándose muy pocos y entre ellos el senescal de Cataluña Don Guillen Ramon de Moncada que habia tendido á sus piés á mas de un enemigo y que no poca parte tomara en aquella funesta jornada.

Algunos de los que sobrevivieron , recorrieron la misma noche el campo de batalla hasta que , encontrando el cadáver del rey , lo trasladaron al monasterio de Montearagon á cuyo abad , segun hemos visto , encargaron el mayor secreto sobre la muerte.

Era que sabian haber hecho el rey un raro y extraño testamento, pues á mas de legar algunas poblaciones á varias iglesias y monasterios , dejaba y declaraba por herederos y sucesores de sus reinos y señoríos al santo Sepulcro de Jerusalem y á los que tenían cargo de su guarda y custodia , y al hospital de los pobres y caballeros del Temple que allí residian.

Los buenos nobles que su cadáver recogieron , sabedores de su última disposicion , quisieron guardar secreta su muerte hasta que , consultando con los principales del reino , pudiesen tomar sus medidas , pero sin embargo la noticia del fallecimiento de Alfonso se esparció con la de la pérdida de la batalla, y el reino se alborotó y hubo gran division entre los ricos hombres.



Todo el mundo sabe como se recurrió despues de grandes debates al hermano de Alfonso que era monje en el monasterio de San Pedro de Tomeras.

Ramiro llamado *el monje* sucedió pues en el trono á Alfonso *el batallador*.

#### IV.

##### EN EL DIA.

Un elevado sitio ocupa Montearagon en el catálogo de las fundaciones monásticas, pues que ricos recuerdos de gloria van unidos á su nombre.

De allí salian los monarcas para la victoria y volvian siempre con ella; sangre real circulaba por las venas de muchos de sus abades y era obligacion suya visitar personalmente cada dos años al sumo pontífice que confirmaba su eleccion; y á últimos del siglo XVI, cuando fueron desmembradas las pingües rentas de Montearagon, bastaron casi para la creacion de dos obispados, los de Barbastro y Jaca, sin desaparecer por esto la espléndida abadía.

Tenia este santuario muy buenas capillas, sacristía, coro, claustros y una iglesia que llamaban Nuestra Señora debajo de tierra. En medio de esta iglesia hácia la parte del evangelio, habia algunas sepulturas de príncipes entre las que descollaba la de Don Alfonso el batallador (1).

Tuvo, segun hemos dicho, famosos abades y de familias reales.

Fué el primero Don Berenguer, hijo de Don Ramon Berenguer y hermano de Don Alfonso II, el que se vió sucesivamente nombrado obispo de Zaragoza, de Lérida y de Huesca.

(1) El cadáver de este príncipe fué, cuando la estincion de las órdenes monásticas, trasladado á Huesca donde se trataba de fabricarle una sepultura de mármol en el claustro de S. Pedro.

Don Fernando de Aragon, hijo tercero del rey Don Alfonso II, fué abad de Montearagon hasta 1242; estaba enterrado en la iglesia del monasterio. Dió este abad mucho que hablar al mundo y á la historia. Tio de Don Jaime llamado despues *el conquistador*, quiso disputarle el trono cuando era el rey de menor edad, y, logrando que varios ricoshombres de Aragon se interesasen por su causa, promovió grandes disturbios en el reino. Su ambicion no conocia límites. Vivía como caballero mas bien que como eclesiástico y era aficionado á aventuras y galanteos.

Figura asimismo entre los abades Don Juan de Aragon, hijo del rey Don Jaime II, despues arzobispo de Toledo y últimamente de Tarragona con título de patriarca alejandrino. Fué este un varon preclaro é insigne, gran predicador y teólogo, y atribúyensele no pocos milagros. En Cataluña fundó el célebre monasterio de Cartujos de *Scala Dei*.

Abad de Montearagon hallamos tambien á otro Don Juan de Aragon hijo del rey Don Juan el II desde el año 1464 hasta el de 1473 que permutó por la encomienda mayor de Alcañiz con Don Juan de Rebolledo.

Fuero asimismo Don Alonso de Aragon hijo del rey Don Fernando el Católico y arzobispo de Zaragoza. En su tiempo acaeció un incendio en la iglesia, quemándose el altar mayor y mucha parte de ella y salvándose como por milagro un magnífico cuadro representando á Jesus Nazareno. En seguida mandó Don Alonso que se hiciese á sus costas un retablo mayor de alabastro. Desconocida mano de artista lo labró y fué en verdad un magnífico trabajo. En el primer cuerpo ó pedestal veíanse esculpidos en cinco pasajes, la predicacion de San Victorian en medio de sus monjes, la soledad de la Virgen con su Hijo difunto en los brazos, la adoracion de los reyes, la degollacion de los inocentes y la resurreccion. En el centro del cuerpo principal figuraba la escena del juicio universal y á los lados la transfiguracion y la asuncion; preciosos doseletes sombreaban estos cuadros, afligranadas pirámides daban á la obra gracioso remate y ceñíanla elegantes pulseras con los blasones del infante (1).

Finalmente, fué el último abad de Montearagon de la casa real Don Alonso de Aragon hermano del arzobispo Don Fernando y nieto del rey Católico. Murió hallándose en las cortes de Monzon de 1552 y fué trasladado su cuerpo á la iglesia de su monasterio.

Segun los anales, han salido de esta casa muchos obispos y tres arzobispos de Zaragoza, Don Pedro Lopez de Luna, Don Juan de Aragon y Don Alonso de Aragon; dos cardenales, el uno Don Juan Martin de Murillo, que primero fué

(1) Sabemos que este precioso retablo se halla actualmente en Huesca.



prior y canónigo de Nuestra Señora del Pilar, despues abad de Montearagon y últimamente cardenal de la iglesia romana, y el otro Don Carlos de Urries y no pocos hombres doctos é ilustres en virtudes, en santidad y en letras.

Mientras que tanto ha figurado este monasterio en el pasado, favorecido por nuestros reyes que, como si les fuese legado por herencia, iban uno tras otro á deponer allí su ofrenda, en el dia yace mudo y solitario encima de su aislado peñon convertido en un monton de ahumadas ruinas.

El viajero que lo visita con el alma oprimida de dolor, atraviesa solitarias estancias, claustros reducidos á un monton de escombros entre cuyas ruinas aun pueden leerse antiquisimas inscripciones, y si llega al panteon no ve mas que amontonadas piedras donde ni restos descubre de las regias y principales tumbas que contenia.

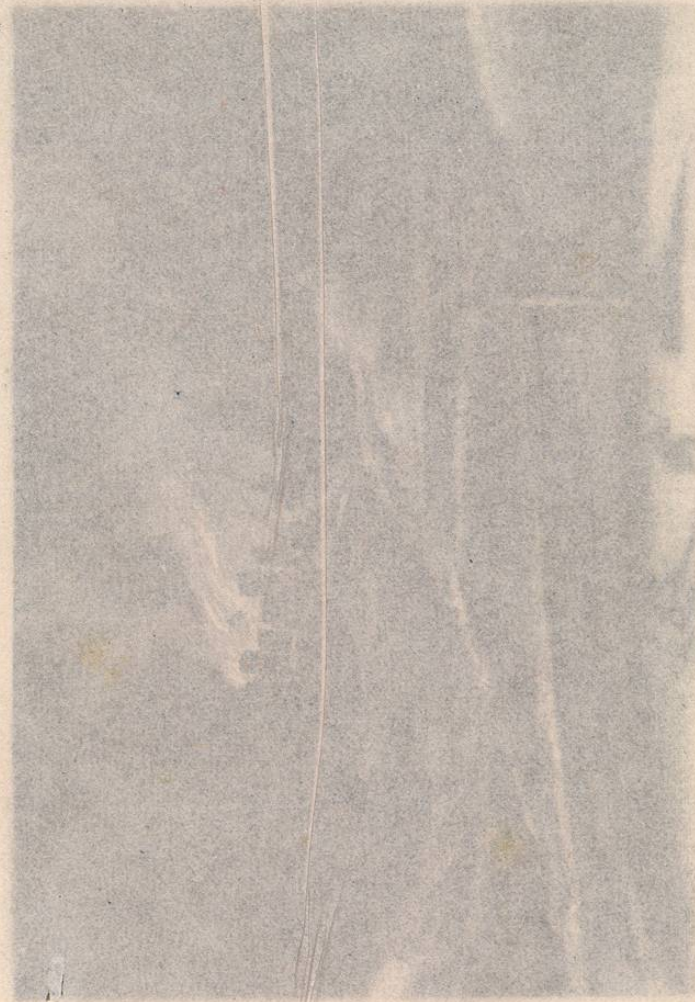
Cómo llegó Montearagon á este punto? qué mano atrevida osó romper sus cicopleas paredes, destruir aquel castillo y casa de oracion levantada durante los ocios de un asedio por un rey cuya memoria respeta la historia? quién se atrevió á derruir tanto recuerdo, tanta gloria?

Quién?... El incendio.

Despues que 1835 hubo herido de muerte á las órdenes monásticas, Montearagon fué arrendado ó vendido á un particular que convirtió el histórico edificio en un almacen ó depósito de paja y heno. Un descuido hizo que se prendiera fuego á la paja, y los muros fabricados por los conquistadores de Huesca crujieron de indignacion una noche al ver asomar las llamas, rojo plumerode sus torres.

La fundacion del rey Don Sancho, castillo ilustre un dia, monasterio célebre despues, casa de armas y de oracion á un tiempo, tesoro de recuerdos, morada de soberanos, panteon de reyes, ha sido en nuestros dias un almacen de paja y, devorado por las llamas, es hoy un monton de ruinas.

Que dirian nuestros antepasados?... qué dirán nuestros descendientes?.....





de Montearagon y  
de Urries y no  
hombres de letras.

que tanto el pasado, favorecido  
nuestros reyes que iban uno tras  
otro a deponer allí sus coronas, y en su cima de su ais-  
lado peñon convertida en un castro de reyes.

El viajero que se vea con el alma oprimida por solitarias  
estancias, desde un montan de ruinas cuya ruinas  
una piedad ha convertido en un templo, y el lugar donde no ve mas  
que ruinas de las regias y princi-  
pales familias de España.

Como si quisiera romper sus  
cadenas, levantada durante  
la historia? quién se  
atreve a decirle que...

Monteara-  
gon fue arruinado en un edificio  
en un almacén de guerra, que se prendiera  
fuego a la vez, y los monjes de Huesca cru-  
paron el mar de las llamas, rojo plumero de sus

un día, monasterio célebre  
tesoro de recuerdos, mora-  
en nuestros días un almacén de  
de ruinas.  
nuestros descendientes?...



*Incendio del Monasterio de Montearagon.*